

Así es Chile, así es Colombia

Escribe: LUIS VIDALES

Para la vieja concepción sociológica los pueblos son una agrupación de individuos. Era éste el enfoque que correspondía como a la cabeza el sombrero, a las ciencias enumeradoras y catalogadoras y a la filosofía del individualismo, de resultas de lo cual el estudio de masas no entraba en la consideración ni de la sociedad económica ni, por lo tanto, del sociólogo.

La constitución de grupos más o menos cohesivos en la sociedad de los hombres debió primeramente imponerse, para que se comenzase a observar la existencia de un "ser" diferente a la mera agregación de individuos. La sociedad comprobó que había cambiado en sentido diametralmente contrario.

Para el "ser" individualmente considerado, las condiciones del medio físico o medio ambiente privan en cierta medida, y ello sirvió de canon para explicar las modalidades sociales mientras se mantuvo el concepto de que la sociedad es la suma de sus componentes.

Para el concepto de que la sociedad es un "ser" integrado, en que la influencia personal ocupa la posición de contrario, las características sociales provienen de la estructuración sociológica, o sea, de la forma en que son organizados los hombres, por medio de normas constantes, para el decurso histórico. No es entonces que el medio geográfico no influya, sino que lo decisivo no es él. Lo es la envoltura de que está dotada la sociedad. Dentro de esta envoltura, el influjo de factores —favorables y adversos —es infinito. El error de dar a uno de estos la preeminencia, es el común en las concepciones tradicionales.

o ° o

No es posible olvidar estas premisas sencillas cuando se pretende lanzar la sonda sobre un país de tan acusadas y diferentes características a los demás pueblos de América como Chile. Tradicionalmente Chile fue un "finisterrae". Y lo fue, no por interposición de los Andes, como lo pretenden sus sociólogos, si no por la formación social que le tocó en suerte desde los días de la conquista y la transculturación. Es el entrevero económico y social que se forma en esa nación a la llegada de los españoles, al que debemos concurrir para observar a derechas las cabeceras que hicieron de ella una colectividad con fueros distintos a los de otros pueblos de América. Y las razones para no verlo así se deben en primer término a que la versión de la historia es en Chile tan acusadamente española como lo es india la mantenida por México.

La índole chilena no se parece a ninguna de los demás países de la constelación indoespañola. Las modalidades del individualismo que los peninsulares nos legaron, con su secuela psicológica de variadísimo espectro, también entraron a Chile. Pero dentro de esta herencia, el diapasón de otras, ya no de raíz ibérica, se sienten y se ven en el país austral, prestándole el más inconfundible de los acentos.



El punto de partida de tan singular sinfonía sociológica parece provenir de este hecho estelar: la lucha a muerte por un trayecto de cuatro centurias, comenzada con el esbozo de la sociedad española frente a la cepa vigorosa de otra nación: la araucana.

Un acontecer de esta envergadura no parece pequeño para que no se marquen en un pueblo improntas que lo definan para siempre en sus caracteres mayores. Cuando se mira así el espectáculo de la sociología chilena, siempre habrá de sorprendernos el parecido de la norma social del Chile de hoy con la que debió ser aprendida por fuerza durante la guerra multiseular. A los chilenos se les suele llamar los "ingleses de la América Austral"; pero la verdad es que el inglés, junto al chileno, resulta un tropical. Es común ver en Chile a un país europeo. Hay otra corriente que quiere ver alemana a esta nación. Nada de ello es verdad. El "sello" chileno fue impreso, y por siempre, en el multiplicado suceder ibero-araucano.

En trueque del sentido común se alza el hecho sociológico de que toda una nación se vio sometida por una de las “escuelas” más dilatadas de la transculturación a mantener la serenidad externa y ocultar el drama interior, sin el menor movimiento de músculos, sin el más leve gesto delator. Una palabra ociosa; una infidencia del ademán, resultaban mortales ante las incursiones del enemigo, en permanente asechanza. Y es lo cierto que el modo de ser del chileno de hoy reproduce a la maravilla este cuadro psicológico dentro del cual debió montar guardia contra el hostigamiento araucano. En aquella hornaza aprendió el chileno a ser hombre de pocas palabras; aprendió a ser sobrio; parco en el juicio; “mudo” sociológicamente; inmóvil. Algunos suelen decir que tal es el uso para la conducta social, pero que subsiste el drama interior, cuyos estallidos son solventados a puertas y ventanas cerradas. Pues bien. Ello confirma el “sello” sociométrico de que venimos hablando, tan diferente al español de conquista y colonia. Y república, desde luego.



Chile es país *apolíneo*. Otras naciones de América (Colombia entre ellas) son *dionisiacas*. Un poeta como Porfirio Barba es alto representante de nuestro modo de ser; en Chile no tiene la misma opción. Entre Beethoven y Mozart, el chileno preferirá a este último. Gabriela, ardorosa y bíblica, produce más unción en Colombia que en Chile. Neruda no va al inconmensurable vacío en su poesía: se queda en la tierra. El director de orquesta de Chile es el único que no se desmelená. No se descompone en su atuendo; no se sobra del radio de su batuta. Viéndole, se cree asistir a quien dirige, no a un conjunto musical, sino a toda la sinfonía acompañada de Chile. Lo dionisiaco, estado de la ebriedad, se resuelve en la vertical que busca el vacío; lo apolíneo, en la horizontal que permanece en la tierra. Ante algo que le sorprenda (y esto es todo) el colombiano dirá en el colmo de la exaltación: “maravilloso, extraordinario, formidable, colosal”; el chileno, en el grado más alto de la admiración dirá simplemente: “re-contra-maca-nudo”, prolongando solamente las sílabas en demostración de su asombro.



No cabe duda de que la transculturación española se entrevió en Chile con las condiciones específicas del pueblo araucano. En esta situación sostenida de vasos comunicantes fue más

lo que aprendieron españoles y criollos que lo que Arauco tomó de estos. Sobre el determinante agresivamente español se interpuso una racha plurisecular que provenía de una nación como la araucana, cuya estructura social conservaba aún mucho del colectivismo de las épocas muertas. El "mingaco" se enseñorea, así sea por mera necesidad de defensa, de los pequeños grupos de la invasión. Era imperioso tomarse de la mano para no perecer bajo el asedio aborígen. De esta suerte, mientras en el debate intelectual los cronistas acusaban a los araucanos de ser tan forasteros como los españoles, con una precedencia de sólo dos siglos, se les "plagiaba" por fuerza de las circunstancias en sus relaciones sociales de cordialidad y de ayuda mutua. Hoy es posible observar la solidaridad social, como uno de los signos más distintivos del modo de ser chileno, tan diferente al insularismo español y, desde luego, al inamistoso individualismo de la nación colombiana. La asistencia que los chilenos se prestan unos a otros en todas las circunstancias desfavorables de la vida es algo que habrá de asombrarnos a quienes pertenecemos a campos sociológicos de otros espectros diametralmente contrarios en la relación de los hombres.

o ° o

El chileno es generoso como una reproducción del "mingaco" araucano en el que se expresa la concurrencia mutua de orden social. Otros pueblos serán ávaros, no por condiciones innatas (que en las naciones no existen), sino debido a una suerte de preservación a que los hombres son invitados por la cobertura social excesivamente personalista. Si la sociedad dice a los suyos que deben defenderse sólo, les está diciendo con ello que ejerzan la contención de Harpagón si no quieren caer en el abandono. Es, nos parece, el caso de la insularidad colombiana.

No es del placer del chileno hacer uso del privilegio de la generosidad del país, porque más le agrada dar que le den. Lo que queremos acentuar es lo siguiente: este comportamiento social, de ascendencia colectivista, no trae sus antecedentes de la levadura española, de arriscado robinsonismo; en él se encuentra la marca específica de la nación araucana; de ninguna otra parte.

o ° o

Dentro del abanico de implicaciones que se deriva de esta conducta, aquella que pudiéramos llamar la del "acento histórico" resulta ser de las más atrayentes. A veces pensamos que sin la solidaridad social que practica, un país tan pobre como Chile no hallaría otras razones de peso para subsistir. Pero es por esta misma pobreza que, a excepción de la guerra de Arauco, su tono histórico es pausado, tranquilo, a diferencia de Colombia, donde la violencia es del tamaño de la presa en disputa. Al paso que en Chile el gobernador Marcó del Pont desterraba como máximo castigo a los patriotas a Rancagua, a la oreja de Santiago, Morillo pasaba en la Nueva Granada a toda una generación por las armas. Mientras nosotros hacíamos la "guerra a muerte", en respuesta de la que se nos había decretado, los chilenos atemperaban su independencia a los términos de su versión española de la invasión y el régimen colonial. En Colombia se alzó el escenario de una pluralidad impresionante de batallas y héroes. En Chile, ni una cosa ni otra. Para nosotros, celebrar una batalla ganada por el enemigo, nos resulta un contrasentido; en Chile, la de Cancha Rayada recibe un festejo entusiasta. Hasta un héroe popular como el guerrillero Manuel Rodríguez, toma la guerra por el corte de la mejor picaresca española, como expresión de la "macuquería" nacional, que también es de raíz ibérica. Nosotros miramos con respeto pero con espíritu crítico al conquistador del país, Gonzalo Jiménez de Quesada, con cuyas tesis del "*Antijovio*" andamos en desacuerdo indignado. Los chilenos más que admirar aman a don Pedro de Valdivia, cuya primera carta al rey sobre la bondad del país figura en un monumento de piedra, al pie de Santa Lucía, con no disimulada delectación.



La visión española de la historia que el chileno mantiene no le deja ver muchas cosas de su más pura ascendencia. Metamos dentro de estas la del miedo al ridículo, una especie de cobardía social, allí donde la valentía es flor del país. Es este un sentimiento ante el cual el chileno se siente desarmado, confundido, minimizado. Pero basta que uno se pregunte qué es lo que el chileno entiende por lo ridículo, para que descubra que con este calificativo expresa el sentirse fuera de tono ante los demás, de lo que se derivan no escasas consecuencias del más variado de los órdenes, que impregnan la sociología del país en

modos leves y graves. Una de estas consecuencias se da en el idioma. La privanza verbal que viene desde el silencio táctico de la guerra con la araucanía, restringe el idioma hasta zonas en las que nuestra curiosidad se extasía. En aquel ambiente es vedado pronunciar una palabra que el prójimo no entienda. Hacer una cita resulta pedante. Hasta en la solemnidad de la cátedra universitaria, el encumbrado profesor explicará con sencillos vocablos las ciencias abstrusas. De esta predisposición, el lenguaje del chileno es magro y la lexicografía exigua. Y esta forma de privanza se transfiere a los niveles (hasta a los más elevados) de la cultura. Hay quienes afirman allí que la tendencia del "roto" a comerse las sílabas y las palabras se debe a pereza; nadie ha indicado la hondura de la que proviene esta forma de hablar. El rotito dirá a sus amigos en el bar, cuando ya quiere suspender la tomata de vino: "LJ". Eso quiere decir, simplemente, *lo juimo*, es decir, "*vámonos ya*". En sustitución, el "chilenismo" adquiere dimensiones de diccionario, para la expresión de contenidos que el esquivo idioma oral, y aún el literario, no tienen. Y ello explica también que el habla del pueblo pase a la prensa, al salón, a las relaciones sociales de cierta distinción, como forma graciosa de la convivencia.

o ° o

No distinguirse de los demás, es una de las palabras de orden de la sociología chilena, y nadie, sin caer en el ridículo, puede infringir este convenio tácito. De relance, nadie cosecha triunfos en casa: del exterior llega el éxito (ejemplos: Neruda, Gabriela, Arrau, etc.). Entre nosotros es igual, pero por diferente motivo: el despoblado cultural absoluto.

o ° o

Por miedo al ridículo, el chileno se mantiene en un apacible término medio: ni tan allá que te quemes, ni tan acá que te hieles. No existe lugar de la tierra en donde el genio no sea flor rara, pero donde lo hay refulge sin trabas. En Chile deberá esconderse en el amable disimulo social del término medio, por cuanto la sociología del país es refractaria a tolerar una singularidad excesiva. Mientras que en Chile hay un rasero común, en Colombia la diferenciación es la tónica social. El colombiano no quiere parecerse a los demás. Si escribe o habla, aspira a sorprender diciendo aquello en que "los demás no han pensado". Sepa o no una cosa, esta es su actitud, y ello lo lleva de un

extremo a otro, en que el término medio, el matiz, no tienen cabida. El chileno permanece en crisálida (lo apolíneo); el colombiano, extravertido, vive el acto de vuelo (lo dionisiaco), así se de contra las paredes. La "cultura verbal", rica en Colombia, en Chile está en cero.



En nuestra América acaso no haya cosa que nos invite menos al acuerdo que las interpretaciones de sus sociólogos. En Chile, vaya de ejemplo, se estima que la Nación araucana era un patriarcado, porque sobre la mujer recaía el trabajo y el hombre, en el ocio, esperaba la oportunidad de marchar a la guerra. Ello sería cierto, primero, si el trabajo se estima como una actividad denigrante; y segundo, si quien tiene en sus manos las llaves de la economía y controla los medios de producción no fuese el mandamás de la sociedad. Como no es así, la Araucanía era un matriarcado. Actualmente Chile tiene bastante regusto matriarcal, y no sería descabellado el ponerlo a buena cuenta de aquella cepa araucana. El modelo de la mujer descolante, es modelo chileno: la Quintrala, Inés de Suárez, la Monja Alférez que trizó por allí, la Jaraquemada, la Isabel Riquelme, las "Juanas" de la guerra del Pacífico, tienen un destaque diferente al de la mujer de nota en otros países. Un día, el presidente Jorge Alessandri, en parte oficial a la Nación, al referirse a las tareas de gobierno que se habían realizado reveló que muchas de estas habrían sido imposibles sin la injerencia de su secretaria. Este esquema es imposible en Colombia. Aquí tenemos por lo menos tres mil heroínas de la Independencia que nadie conoce. De algunas, como la Pola, se guarda intencionado mutismo. Allá como aquí se erige en símbolo el caso de las termitas de Maeterlinck, que cargan al macho en su vientre, hasta que este acaba por comerles la entraña. Y últimamente, sobre el molde feudal de la relación entre sexos, la mujer entre nosotros ha dado un paso adelante, para emparejarse con el hombre. A la manera colombiana, no logró el punto medio: se fue al extremo. Ese extremo, en el plano histórico, es la violencia, palabra de orden, así no lo queramos, de nuestro haber sociológico.



Con motivo de los acontecimientos que han sacudido al país hemos podido apreciar el juicio somero de nuestros sociólogos

en la apreciación de la llamada violencia. Según estos se trata de la expresión de un odio primario por banderías políticas. Y es esta, desde luego, la versión que circula en el exterior, al través de "la mala prensa", sobre nuestro pobre país. Se cree que por escueta política nos estamos rompiendo la crisma, es decir, por sentimientos primarios y, en todo caso, subjetivos. Nadie ha señalado que el clima social se relaciona íntimamente con la cuantía de los intereses en juego. Que en un país donde la presa que se disputa es magra, la lucha es apagada; y en uno donde el botín es ingente, la pelea sube de tono. Los casos de Chile y Colombia, digamos. Y que por lo mismo, cuando se habla de violencia en un pueblo, el sociólogo debe ir a las entrañas de su historia, a encontrar la placenta. Si así no se hace, tampoco habrá capacidad para cambiar el "modelo".



La violencia es algo que viene en nuestra envoltura histórica. Desde el principio había mucho porqué pelear. La Conquista la inauguró, y la continuó la Colonia. Y la República la siguió bajo su troquel. En ella estamos. En Chile se suavizó por la pobreza del país, la versión española de la transculturación y los modelos de comunidad que recibió del Arauco. En nosotros se agudiza por la dispersión económica y el individualismo agresivo en que se monta la estructura social, y, desde luego, por los intentos de modificar esta estructura. La Independencia fue entre nosotros violencia y, de consuno, oceanía económica, oceanía en el individualismo de raíz española y oceanía en el arte de guerrear. Hay en el Puente del Común una placa que es nuestro monumento sociológico mayor. Dice que en tal fecha fue proclamada solemnemente la "República Soberana e Independiente de Chía". En Repúblicas Soberanas se alzaron las aldeas de más de medio país. Las guerras civiles de la centuria pasada no variaron nuestro esquema oceánico. Ahora se multiplican los departamentos exactamente por el mismo modelo. Así ha sido y es nuestro "ser" histórico; así nuestro "ser" social; así nuestro "ser" individual. Modificar esa medida es una necesidad histórica.